

PUBLICACIONES *Cinema*

*Lilian HARVEY
Willy FRITSCH en*



El trio *de la*
Fortuná

El Trío de la Fortuna

BASADA EN LA PELÍCULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

PAUL MARTIN



PELÍCULA



DISTRIBUIDA POR

ALIANZA CINEMATOGRAFICA ESPAÑOLA

Provenza, 273

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

LILIAN HARVEY
WILLY FRITSCH

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

EL TRIO DE LA FORTUNA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Nos encontramos en las vastas oficinas del fabuloso rotativo neoyorquino «Morning Post», el diario que, según el juicio, muy comprensible, de su director y redactores, es el mejor informado y más brillantemente escrito.

En su portada aparece un título casi monumental.

«Se ha fugado la sobrina del millonario Jackson, bajo el que sigue un sabroso reportaje salado de epopeya heroica.

Empleados y periodistas contemplan su oscura información que ganará un galardón más en el glorioso y ya repleto estuche de armas de su diario.

Stoddart, un periodista simpático, nobilito, cargado de molletes y buen humor, ha de interrumpir sus entusiasmados comentarios a la información para acudir al teléfono, que le sacude los nervios con su sonsonete estridente, imperioso y leñaz.

—¿Quién?

—¡Stoddart, Stoddart! ¿eres tú?

—Yo soy; y tú Hopkins: ¿qué hay?

—Me parece que no podrás: ¡ap! Ya v... es.

—No te voy, haragán, pero te presento: estás borracho como un tonel.

—Hombre... na, borracho del todo no, solamente un poco bebido.

—Me lo figura; en fin, ¿qué quieres?

—Pues, que tendrás... ¡ap!... ¡ap! que nombrar un sustituto mío para esta noche, ya que me es, ¡ap!... imposible ir a hacer la información judicial ¡ap!.

—¿Me has tucado, harcamal! ¿De dónde voy yo a sacar sustituto? ¡Vete al diablo!

Stoddart cuelga el aparato, contrariado, y se rasca la cabeza con preocupación. Al mismo tiempo en el otro extremo del alambre el fulano ese que hemos visto atender por Hopkins hace lo propio en el interior de un laboratorio público, a duras penas de su mano incierta dominada por el alcohol.

Se trata del gacetero judicial del famoso diario, un tarabumbo impenitente que sería soportable si no fuese por esa terrible regularidad de emborracharse a diario, y siempre, con ocasión especial, una hora matemática antes de tener que empezar su obligada información en la Audiencia.

Stoddart es cabeza de sesión. Más bueno que un postro, antes se quemaría los sesos buscando una solución que iría a soplarle al director la menor falta de sus subordinados.

¿Quién sustituirá, pues, al calaverón de Hopkins?

Como siempre que no da con bola, Stoddart recurre a la festiva sabiduría de su inseparable amigo Boby, otro monumento de bondad, aunque también de solenne frescura e inagotable gracia, más menudo que él, pero igualmente joven y bohemianamente simpático.

Es igualmente periodista de serie y devoto incorruptible de la contemplación.

—Boby, Hopkins vuelve a estar como una caba. ¿Qué te parece si hicieras tu hoy la información judicial?

El interpelado abre sus ojos de pijo y se lamenta, acurriéndose bruscamente la barriga.

—¿Yo? Stoddart, estoy muy mal. Ya sabes que el médico me prohibió rigurosamente los empachos.

—¿Qué tienen que ver los empachos con la información judicial?

—Mucho, Stoddart: un atracón de vocablos técnicos... Oye, ¿por qué no lo propones a Gerstone? ese es lo bastante idiota para decirte que si sin sentir dolor de vientro.

Stoddart se carga de indulgencia y sereno de su chirriante se dirige al momento de su nueva víctima.

—Tienes que ir a la Audiencia.

—¿Yo? ¿no he delinquido nada!

—Claro, ¿qué vas a delinquir? Si eres la pura virtud! Siempre he dicho lo mismo a Stoddart: ¿verdad, tú? — corta Boby, preparando el terreno. — ¿Eres un caso, un verdadero caso!

—Si eso es — se apresura a contestar Stoddart, temeroso de que con tanta cosa lo oche todo a perder. — Se trata únicamente de que vayas a hacer la información judicial de esta noche; parece que ese incorregible Hopkins lleva otro cargamento de whisky a la cabeza.

—¿Por qué no vas tú, Boby? — replica Gerstone, probando inesperadamente fortuna.

—¿Yo... yo? ¿Qué le dire? Yo... Ah! pues, ¿por qué no echamos suertes? — afirma el interpelado, acurriéndose.

—Es verdad, eso es echamos suertes; a ver a quién toca. — de los tres — saliente Gerstone.

Stoddart, aceptando bonachonamente el ser incluido en el censo de los empujados, saca una moneda con ánimo de echar las suertes.

—¡Yo apuesto por la mano!

—Es que también quiero yo la cara! — protesta Boby con la acostumbrada y graciosa idea de empujarlo toda.

Al volverse exhala un «Eureka» que deja al de Arquímedes así de bamabito.

—¡Ahí viene Oh Taylor! El hará la información judicial.

Entre las dos mesas de mesas avanza con paso airado un joven distinguido de creencias impecables y espléndida gallardía. Es coro diablito del «Morning Post» y ángulo superior del trío invisible, Boby-Taylor-Stoddart.

Es el poeta del día... ¿hemos dicho poeta? No es propiamente esto; hace versos... si eso es, hace versos y basta.

¿Que si decidirá a ser grande, preguntan asietes? Quién sabe! por ahí se empieza. En lo presente es un pobre diablito, como hemos dicho, y nada más. Es! si pueden admitirlo como un gran solador y un insuperable sentimental.

Stoddart aprueba la proposición. Taylor es campo abonado para esta labor. En pocos segundos elaboran el plan a desarrollar y en un abrir y cerrar de boca cada cual ocupa su sitio de combate.

Apenas Taylor ha llegado a su mesa, el teléfono deja oír su escandalosa campanilla.

—Taylor, te felicito. Verdaderamente, eres grande.

—¿Cómo...? ¿En? ¡Boby, Boby!

Taylor ha reconocido la voz de su amigo a través del alambre, pero aquí ha colgado el aparato con rapidez.

Nuestro joven permanece un instante perplejo.

«Me felicita; ¿ya a qué viene el cuento?»

Se levanta, emboca el pasadizo. Gerstone le sale al paso, le mira un segundo, achicada.

—¡La enhorabuena, Taylor...

Pasa Stoddart y le aborda.

—Mi mas cordial felicitación, Oh. Te ruego que pases luego por mi mesa, he de hablarte.

La cabeza de Taylor mosquea: «¿De qué diantre épica leyenda soy el audante caballero?»

No pudiendo resistir el aguijón de la tremenda curiosidad, ¿por qué no charlar! a merced de todos los inevitables resortes de la vanidad, se dirige a la mesa de Stoddart.

—Oye, ¿se puede saber a qué vienen todas esas felicitaciones que me están lloviendo por ahí?

—Taylor, séntate — le invita, solemnemente, Stoddart.

Se pone un instante grave y resaca, mirando a su amigo aproximadamente como lo ha hecho Gerstone.

—Eres muy grande!

—Bueno ¡quiero terminar de una vez!

—Verdaderamente los caminos de la vida se abren a la virtud.

Taylor contiene la respiración.

—El director del diario ha resuelto que haga la información judicial de esta noche.

—¿Yo? ¡si soy poeta!

—Taylor, te abres paso. El director está emocionado; ha dicho que hay que saber aprovechar la basura.

—Stoddart — exclama Gil, picado por la dudosa alusión.

—Calmate; se refería a que hay que saber encouzar a la gente de media.

—Ah!

—Tú debes hacer la información judicial de esta noche. Se te brinda una nueva ocasión para demostrar tu valor; ¡quién sabe si tu parvenir depende de la gacotilla que escribas hoy!

—Tú crees...? Sin embargo, ¿qué entiendo yo de esas judicialidades?

—Toma tu cuaderno y vete allá. (Es la gloria, Gil) — lo exhorta el divertido Stoddart, afectando una gravedad transcendental.

—¡Iré, pues, allá! — jura Taylor, poniéndose heroico.

Su amigo coloca una botella de whisky sobre la mesa y llena dos copas de su contenido.

—Por tu gloria, Gil!

—Por el triunfo!

Como si de la espada y el escudo se tratase, Taylor coge el cuaderno y la pluma.

—¡Valor! — le anima Stoddart dándole el espaldarazo de circunstancias.

—Volveré vencedor... o no volveré! — promete solemnemente el poeta.

Y con paso marcial toma la dirección de la puerta. Boby y Stoddart le siguen, desahogados.

Al pasar por delante de la puerta del despacho, Taylor toma una inesperada decisión que de no ser por Boby, que ha acordado con prestera, habría determinado un sincopo comprometedora en la persona del simpático Stoddart.

Es que ha entrado en el despacho. ¡Si pudieran strarle con un ímán!

Ya no hay remedio y han de contentarse en contemplar la escena desde el exterior a través de los cristales de la puerta.

Taylor arruina en el «Private Room», arrogante y altivo.

Mister Manning — saluda con gratitud sañuda. — Ha demostrado usted ser genial al querer ponerme a prueba.

El director se levanta del sillón, desorientado, para clavar sus ojos escrutadores y fríos en el intruso. Este prosigue, sin esperar un solo comentario.

—¡No dude que sabré aprovechar la ocasión y corresponderé con buenos oficios a su mandato!

Mister Manning sigue mudo y atorado. Taylor atribuye su actitud a la admiración que le despierta, y continúa:

—Se que está embobado; serénese, Mister Manning; la vida es de los fuertes, de los valerosos y de los que saben dominar sus pasiones. Usted ha escapado ya con su deber, el resto corre de mi cuenta. Nunca olvidaré su alta filosofía; ¡sí, señor! ¡hay que saber aprovechar la basura! ¡Yo la aprovecharé y volveré con honra, o... o me quedaré en la calle!

Mister Manning, inteligencia aguda, ha echado una ojeada a la puerta. Boby y Stoddart se hallan en una actitud bastante expresiva. No hay duda, este marquetite que tiene delante es el juguete incoherente; y siempre mudo, le acompaña hasta la puerta. Cuando Gil ha salido hace signo a Stoddart de que entre, éste hace la señal de la cruz.

—¿Quién es ese joven? — le pregunta el director.

—Una verdadera mentalidad, señor Manning; prometo mucho. Es escritor del diario. Es poeta.

—Poeta? — exclama el director, no pudiendo evitar ahora cierta agitación. — ¡Me habló de basura!

Stoddart pide mentalmente a Dios que le saque de esta situación, aunque sea con el vatro de la basura.

—Es que es muy agudo, señor Manning... haría alguna figura retórica.

Bastó como puede y cae en los brazos de Boby, que no le cae sales a oler porque no las tiene a mano.

• • •

Cuando Taylor llega a la Audiencia, el Tribunal está ya constituido y la sala llena de público.

En la mesa destinada a la Prensa nuestro aguerrido causa cierta impresión, no solo porque es el último en llegar, sino por la novedad de su rostro en el Palacio de la Justicia. Taylor ocupa su sitio con temerosa coquicia y moviéndose con una actividad innecesaria y completamente inocua.

En el estrado aparece el primer acusado. Se trata de un figuero bruto, zorr y renegado, corpulento y recio como un toro, y al parecer, bastante infeliz.

—Se le acusa de haber descargado un botellazo en la cabeza de un hombre — le meriuna el señor presidente.

—Yo no he dado botellazos a nadie. Imagínese usted que llega un tío a la taberna, me pide un whisky y me dice que

es cristiano. Yo le pregunto que por qué, y él me contesta que porque está bautizado. Yo entonces levanto una botella y él se da un coscorrón contra ella.

Suena una carcajada festiva en el público, que corta el presidente a martillazos. Y el caso se resuelve como sea que a nosotros poco nos ha de importar.

Hecho nuevamente el silencio, aparece el segundo acusado: es decir, la segunda acusada, pues quien se acerca a la mesa del digno tribunal, tímida y resacada como una palomita huérfana en las primeras de su vuelo, es una joven lindísima con veinte primaveras escasas.

Su gracia, su candor, su belleza y el recato verdaderamente arrebatadores con que avanza hacia el huesado y austero togado, reblandecen el alma del público masculino joven que se encuentra en la sala, y especialmente del romántico Taylor, quien se pone tierno como un queso vago, preguntándose qué horrendo crimen habrá cometido esa delicada muñeca para verse colocada a barechadas en los inasurptables y desproporcionados platillos de la ley.

Señorita — comienza el presidente — se la acusa de vagabundear, ¿a dónde iba, sola, a altas horas de la noche?

La interpelada, ahumada y amilanada, mira al presidente sin contestar.

¿No me ha oído usted?

La joven pregunta dando la callada por respuesta.

—Conteste o tendrá que condenarla — insiste el valetudinario presidente, hombre al fin y enternecido ante la angelical criatura que tiene delante, dispuesto a apurar todas las resortes del Código para devolverle la libertad. — ¿Es que no tiene a nadie en la ciudad que pueda responder de usted?

Cuando la joven levanta la cabeza, para contestar, seguramente, que no, en el banco destinado a los periodistas ocurre una cosa inesperada: Taylor no puede ya más con la atracción de aquella Eva y con los impulsos de su hipersensibilizada corazón, y se ha puesto en pie, vocando en el pleno silencio de la sala.

— Señor presidente, yo conozco a esa señorita.

— ¿Usted? Haga el favor de acercarse a esta mesa.

No es necesario que detallarme la expectación que esta inesperada tracción del novato ha producido en el público, y singularmente en los representantes de la Prensa.

Taylor se acerca a la mesa, o por decir mejor, a la joven. La pareja que forma con ella es de lo más atornillado que la cayera en toda su vida. Y un caso más que si la acusada no está aludada, es que tampoco el pavo trufado vale un centavo al parecer queda bastante encantada por sus finos callados y secretos de la arrogancia y simpatía que transpira su providencial protector.



... quién substituirá, pues, al calaverón de Hopckins?



— Por tu gloria, Gilt! Por el triunfo!

— ¿De modo que usted dice conoce a esa señorita? — repite el presidente, desconchado.

— Sí, señor.

— ¿Es parienta, o amiga?

Las dos cosas, señor presidente, — afirma Taylor con apuro audaz y sonriente optimismo, decidiéndose por la pechuga, que es por donde se hincia mejor el diente y se termina más pronto.

Pero el presidente afianza sus escuálidas posesiones en el respetable actual, poco dispuesto al parecer, a dejarse plumar fácilmente, y resanada con incierto estupor:

— ¿Como debo interpretar eso?

— Muy sencillamente, es que además de amistad tenemos...

— ¿Razonaciones amorosas? — le interrumpe el presidente.

— Sí, sí, señor, eso es, estamos prometidos — chafa de plano el poeta, tragando saliva y resollando por todos sus orificios superiores metido hasta el cuello en un tango, irreverente.

— Entonces, ¿esa señorita es su novia?

— Sí, señor, es mi novia.

— ¿Cómo se llama su novia?

Taylor se desahoga el cuello de la camisa. (Este presidente, ¿qué nombre va a esperar?, porque es preciso suponer que el respetable, y con su venia, imbecilmente letrado tiene anotado el de la joven en el pliego que obra en sus manos justicieras.

Mira a la acusada con angustia. Esta se adelanta:

— Ana Golden.

— ¡Esto es, Ana Golden! — remacha Taylor, respirando fuerte.

No se lo había preguntado a usted, sino a él — reprocha el letrado.

— Perdónese el señor presidente: es que se me había olvidado — se excusa el galán, entre las festivas carcajadas del público, que chapucea con delicia en un mar de divertimento.

— Pues, que no se le vuelva a olvidar.

El togado se acaricia la barbilla un momento, o: ¿Qué diantre urdirá esa olla de sesos?, piensa Taylor para sí. Es cosa de ver pronto.

Y dígame usted, ¿desde cuándo son novias?

— ¿Quién ha de contestar? — pregunta Taylor, para evitar un segundo ridículo.

— Las dos. Ah! tienen un papel cada uno y escriban, aparte, en él la respectiva contestación.

Evidentemente, al señor presidente le ha dado por regodearse.

Con el papel en la mano, Taylor y Ana se miran un segundo, indecisos. ¡Ah, envidiable ciencia de la telepatía!

¿cuánto darían para poder transmutarse el pensamiento! Mas, los misterios de la magnetología no son cosa de improvisar, y los dos jóvenes han de escribir en su correspondiente cuaderno sin poderse poner de acuerdo.

El presidente lee el de Taylor.

—Hace dos años.

—Hace el de Ana.

—Hace dos meses.

Nueva carcajada estruendosa en el público.

—No me parece que dos años sean lo mismo que dos meses — insinúa el togado, sin inmutarse. —Vamos a ver cómo explican ustedes el fenómeno.

Taylor silencia valeroso, un sudor glacial le cubre de la cabeza a los pies... ¡ah, sí, ya lo tiene!

—Es muy sencillo, señor presidente: hace dos años que nos conocemos y dos meses que nos prometimos.

Ana respira y sonríe, orgullosa. Además de guapo, ¡qué listo es su novio, digo, su protector!

A medida que avanza la sesión, el regocijo del público se torna monumental y nadie cedería su butaca ni a cambio de oro de ley. Alguien se llega a temer, que acorralado por el ingenio de Taylor, el respetable presidente se decida a bajar el telón.

Pero el respetable presidente no se acorrala con facilidad, por el contrario, parece participar del general regocijo y está dispuesto a enlazar más aún al poeta, en tan mal hora metido a redentor de rubias vagabundas.

—Sin embargo, joven, me veo obligado a condenar a su novia por vagabundear.

—Señor presidente, yo le ruego... es que íbamos a casarnos, ¿comprende usted?

—¿A casarse? Comprenda. ¿Y cuándo?

—Qué sé yo, dentro de poco; quizá hoy mismo — se apresura a contestar Gil con la esperanza de haber terminado de una vez.

Pero el presidente le ataja.

—¿Quizá hoy mismo? Esperen, creo que voy a completarles la felicidad y a fallar justamente; pueden considerarse dichosos, pues el alcalde de barrio no ha salido todavía... El presidente da unas órdenes. Taylor balbucea; Ana quiere desmayarse sin conseguirlo. ¡Plega al alcalde de barrio!

—¿Acepta usted por esposa a Ana Golden y tal...?

En diez minutos escasos, Taylor, el solterito y libre, el que hace apenas una hora ha llegado a la Audiencia armado con rodela, yelmo, manoplas y mandos para reducir al Dragón terrible que custodia a la Gloria en una histórica gaceta judicial, se ve, no precisamente padre de familia, pero sí en vías legales de serlo y con una esposa rubia pegada al brazo.

—Están casados según la ley. Son cinco dólares — añade el dignísimo alcalde, acercando la mano inapelable al poeta.

Taylor no tiene más remedio que pagar. La voz del presidente suena por última y triunfante vez.

—Ana Golden ha sido condenada al matrimonio!

La pareja, cogida del brazo, pasa bajo el arco de sombreros pañuelos y brazos tendidos con que les obsequia el público entusiasmado, dirigiéndose al vestíbulo. Allí esperan ya los colegas de Gil con sus máquinas fotográficas para perpetuar el fausto acontecimiento y darle tan incomprensible como desmesurada publicidad.

Y ¡ajá! fin alocosla, como reza la célebre cuanto dulce frase; pero solos no en la cámara nupcial entre cojines y espejos de ilusión, sino en plena calle camino... ¿camino de dónde?

Ya no marchan del brazo. Taylor mira a su esposa. ¡A su esposa! ¿oyen ustedes bien? El rictus color pimienta que contrasta su boca se desvaneca de pronto. Pues, no es feo, al contrario: menuda, cimbreante como un junco, quizá demasado junco, pero, en fin, al tiempo incumbe llevarlo desdamente. Sus ojos se posan en su cabellera dorada, cuyo contacto debe estremecer, tan fina que parece el capullo precioso de un guisano de seda de oriente; en su mirada caída, de una calidez temerosa, resatada; en su tez, muy pálida y pronta al oleaje sanguíneo del pudor, de ese bendito pudor que tanto le atrae y encanta.

—Y ahora qué? — se decide a insinuar.

—¡Oh, yo! Usted dirá.

—No ha echado usted?

—No.

—Yo tampoco. Vamos al restaurante.

Taylor revuelve disimuladamente la escasa calderilla que ha quedado vegetando en sus intrínsecas después de la desdichada intervención del respetable alcalde, notando que no le queda ni para un miserable bocadillo; naturalmente, es poeta.

Entran en un bar modesto.

—Tráigame un arenque — solicita Ana, en un perfecto sentido de la realidad, que tiene la virtud de arrabiar un suspiro de alivio a Gil.

—A mí también.

—No le gusta el pollo?

—Sí, pero el perfecto casado está obligado a imitar a su esposa hasta en el divorcio. ¡Ah, frugal! banquete de bodas!

—exclama Taylor con nostalgia.

—No soy yo la culpable de su miseria.

—Pero sí de aumentarla — replica Gil, agramente.

—Ha sido de su libre determinación.

—No es verdad; Ana se da usted cuenta de mi sacrificio? Está obligada a agradecerme.

—¡Vaya delicias que me reserva en la noche de bodas! ¡Sepa que no me considero deudora de gratitud para con nadie y menos tratándose de usted!

—¡Solemnemente desagradecida! De no ser por mi oportuna y heroica intervención hubiera usted ido a la cárcel.

—Nadie le llamó a meterse a redentor.

—¡Cuadro encantador! ¡Empesamos con armonía!

—Encance la conversación por otros derroteros.

—Todavía no me ha preguntado qué soy.

—Queda, pues, formulada la pregunta.

—Soy poeta.

—¿Usted poeta?

—Quiero que le haga el amor?

—No, gracias; espere mejor ocasión.

—¡Vámonos a casa; será divertidísimo! — exclama Gil, dejando el arriete a medio consumir y llamando al mozo.

—¿Cuánto?

—Déje usted el bocadillo? ¡Está enfermo? — se sorprende el camarero, solícito.

—No, estoy casado.

Nuevamente en la calle, el humor de Taylor retorna. El aire es fresco y activa sus humores.

—Y ahora qué? — rememora.

—¡Oh, yo! usted dirá.

—Supongo que no querrá pasar la noche deambulando.

—Sería de mal gusto.

—Pues, vamos a casa. ¡Noche de bodas!

Ana mira a Taylor con inquietud.

—No creo que trate usted de abusar de su posición.

—¿Abusar? Señora, ¿quién puede discutirme mi derecho? Es usted, sencillamente, mi esposa.

—No olvide las circunstancias en que se ha producido nuestro matrimonio; nunca ha existido mi previo consentimiento. ¡Es tan inverosímil nuestro casamiento!

Una enfermedad de inverosímil, señora; pero, desengáñese, usted es ya mía, completamente mía.

Y Taylor enfunda fructuosamente las manos en sus bolsillos, saboreando de antemano quien sabe qué pecaminosos gozos.

* * *

Ana entra en la casa de Gil un poco atemorizada. Habitación de soltero, sumaria, precisa, aunque decorada con gusto exquisito y notable distinción. Destaca un macetero de hierro labrado lleno de cactus tan raros cuanto desarrollados.

—¿Qué le parece la casa?

—Por ser la de un soltero, no está mal.

Le parece se contempla un momento.

—¿Dónde quiere usted acostarse? — pregunta Taylor, sin malicia.

—En la cama — contesta Ana, lacónica y sin vacilar.

—Lo suponía; yo tengo el mismo gusto. Vamos a ver.

Gil desaparece por la puerta del cuarto de baño. Nuestra joven se queda plantada en mitad del dormitorio, sumida en un mar de dudas, temores y vacilaciones; porque, en la estancia hay una sola cama y Taylor acaba de dar a entender, que a su vez, no quiere dormir en el suelo. ¿Qué va a ocurrir? Podemos descubrirla sin temor a que lo sepa: Ana tiembla de pies a cabeza.

Al cabo de unos minutos, Taylor reaparece con indumentaria íntima, esto es, en pijama.

—¡Tome — dice a su conyuge, alargándole una toalla y un pijama — lávese la cara.

Ana entra en el cuarto de baño para salir al instante confundida casiamente en una especie de piel de cobra.

Durante su breve ausencia, Taylor no ha permanecido inactivo. Aprovechándose de la enorme anchura de la cama ha colocado el macetero de los cactus en forma que la divide en dos mitades a manera de púdica e infranqueable muralla.

—Puede acostarse sin peligro — la invita.

Ana no se puede quejar; Gil podrá no comportarse como un perfecto casado, pero obra a la manera de un discretísimo caballero.

—Antes quiero darle las gracias por haberse casado conmigo — dice la joven, algo emocionada.

Y salta al lecho invitada por... su esposo, quien lo hace a su vez al otro lado de la barrera de plantas tropicales.

Luego hay todavía motivo para un breve diálogo sin interés con el que se vence el sueño, que no ha de interrumpirse hasta la mañana siguiente, y cuando ya el sol se desperaza, arrastrando parpadeos dormidos de las guedejas sedosas de Ana.

A la puesta de unas horas, rayi sucede la piosa intemperiva de la coquetería. Taylor ha de desayunar a toda prisa para ir al palacio del «Morning Post», del que cada treinta días matemáticos saca el contenido con que pagar el piso y la patrona.

Apenas en la calle, los gritos vengativos de los chavales vendedores de periódicos le saludan como al gallo perseguido de la urbe. Nuestro poeta adquiere el «New York Evening Post».

¡Atiza! Nada menos que a primera página y bajo titulares monumentales inserta su retrato de bodas: ¡La fama, es la fama que le presijo Stoddart!

Adquiere el «New York Herald»; su foto. El «North Ame-

ricana: también su effigie del brazo angelical de Ana. Y luego compra otros, y más, hasta llevar bajo el brazo toda la prensa neoyorquina de la mañana. Ni un solo diario ha olvidado el gran acontecimiento de su vida, con títulos que envidiaría el astro más astral de las constelaciones de Hollywood.

Taylor llega al «Morning Post» cargado de diarios y de entusiasmo. Todo le parece aureole: ¡qué pequesitos y oscuros son sus colegas perdidos en el anonimato de una labor intrascendente! ¡En cambio él...! ¡ah, el trae la fama, la gloria bajo el brazo! En estos momentos toda la gigantesca colmena humana de Manhattan lee su nombre, se entera de que el poeta Gil Taylor del «Morning Post» ha contraído matrimonio con la bellísima señorita Ana Golden.

Stoddart mira esta palabra, no es desproporcionada, postro en su sillón, y al ver acercarse a su amigo le dirige una mirada fúnebre. Pero Taylor no está en disposición de distinguir lo vivo de lo muerto, y exclama, mostrando el fajo de periódicos.

—¿Has visto?

—Taylor — balbucea con voz sombría su amigo como si no hubiese visto ni oído nada. —El director quiere hablarte.

—Naturalmente; era de esperar! ¡Allá voy! — exclama Gil.

Mister Manning recorre al poeta encorvado como una pantera. Nuestro héroe se explica esta actitud del pobre señor por la impresión de verse ante un genio.

—Buenos días, señor Manning!

El director le clava sus ojillos tríos y escrutadores de entrañas como los dos filos de una daga envenenada, y musa:

—¿Ha leído usted la prensa, joven?

—Sí, señor, toda; ¡fíjese usted! — replica Gil, echando su carga de papel impreso encima de la mesa.

—Completamente toda?

—Sí, señor, toda — balbucea, algo turbado ante las facciones impermesables del director.

—También el «Morning Post»?

—Ese no.

—Pues, ¿ven?

Y Mister Manning tiende al poeta el diario de la casa, en el que, violento contraste, no se vea absolutamente nada de su ruidosa boda.

—¿Qué le parece? — gollá el director.

—No se ve nada — musa, confuso, nuestro poeta.

—Nada, eh? ¡Idiota! ¿No ha visto usted alguna vez un periodista que hace sensación en todos los periódicos menos en el suyo? ¡Betarate! me dijo ayer el corazon que iba usted a ser autor de una barbaridad. No se ha dado cuenta del tono de chanza que se emplea en estos reportajes de su boda.

mentando? ¿Se enorgullece de esta publicidad? ¡No ha advertido que se ríen de su cara de mono, de mi ingenuidad en tolerarla, y que aprovechan esta ocasión, única, oye usted, para desacreditar el diario con la sátira que es el arma peor? Merecería que le sacasen los sesos y los expusiese a la vindicta de la redacción; pero, no, no quiero echarme en tan grande inutilidad. Pasa usted por caja, que le den sus haberes del mes y no vuelva más a esta casa.

Taylor abandona el despacho del director como gato escaldado. No es necesario que digamos que antes de abandonar la redacción va al encuentro de sus inseparables Boby y Stoddart. Estos cierran los ojos para no ver, ya que han de oír el chaparrón que les viene encima. Tienen la ventaja de que Taylor desconoce sus intrigas, aunque también les acompaña la desgracia concreta de sentirse los amantes de su infatigable Boby y Stoddart contentos por Gil el más entrañable afecto.

—¿Qué? — inquiero el primero con voz indeseada.

—¿Está satisfecho Manning?

—Encantado; tanto, que se ha propuesto aborrazme ya todo estuario en adelante. Está emocionante.

—¿De veras? — exclama Boby vivamente, esperando un milagro.

—Y tan de veras; me ha dicho que pase por caja y me retire a descansar.

—¡Ah!

—¡Valor! — le prodiga Stoddart. — Nosotros te ayudaremos.

Taylor llega a su casa mucho antes de la hora acostumbrada. Ana, que se halla trastornada como una recolección de su hogar, exclama con ironía despectiva, mirando las manos vacías del poeta.

—¡Oh, qué hermosas flores!

—No traigo flores, pero sí retratos. Mire — ofrece el poeta tendiéndole el fajo de periódicos de la mañana. — ¡Aquí estamos!

Ana queda admirada.

—¡Qué trinito; su director le habrá premiado...

—¡Oh, naturalmente, ¡imagínese! — exclama Taylor, haciendo valor para contarle la catástrofe. — ¡Ha sido una cosa emocionante!

—¿Lo vamos a celebrar?

No, no, Ana, no vale la pena — se apresura a atajar Gil haciendo protestas de modestia, con el pensamiento puesto en la penuria de su bolsillo. — Son acontecimientos corrientes en mi vida de escritor.

Cuando Ana se dispone a preparar la comida, Boby y Stoddart irrumpen bulliciosamente en la casa.

—¡Mis dos mejores amigos! — presenta Taylor. — La señora Ana.

Los dos periodistas, seducidos por la gracia de la joven, se juran ayudar a la pareja a echar adelante la dura carrera de la vida.

Taylor, impaciente, aprovecha la primera oportunidad en que su esposa les deja solos para preguntar a Stoddart.

—¿Has hablado con el señor Manning?

—Sí.

—¿Y más?

—Oh, ha sido muy amable! — explica Stoddart con voz inefable.

—No tengas prisa, Gil, para todo habrá tiempo — desvía Boby con extraña vehemencia, como si pretendiera huir de un cataclismo.

Pero nuestro poeta insiste, desbordante de júbilo.

—¡Cuéntame, Stoddart! ¿Es pues, verdad que ha estado amable? ¿Volvió al «Morning Post» con vosotros?

—Sí, Gil, seguiremos todos juntos — asegura Stoddart, satisfecho.

Taylor es poses de una de sus peculiares exaltaciones de poeta.

—Lo suponía: íbale de la sagacidad del cielo, de la perspicacia y de la inteligencia del director!

Boby le dirige una mirada compasiva y le entrega la cálida mano encomiativa.

—Oye, Stoddart, ¿te parece bien que ayudemos a Ana a preparar la comida?

—Sí, sí, sí a por ella: ¡yo soy poeta, vivo en la luna! — exclama Taylor, nasándose por la habitación con los ojos vueltos soñadoramente hacia el cielo.

A los pocos momentos Ana le entrega el plato.

—He de ir a la compra.

—¿Puede usted ir a dónde quiera?

—Lo sé pero... ¿no me comprende usted? — insiste la so-

—Yo no puedo ocuparme de esas cosas: yo sueño. Dígalas ven con un gesto harto elocuente de un indio y pulsar.

—Yo no puedo ocuparme de esas cosas: yo sueño. Dígalas a la tienda que dentro de pocas días podrá pagarles con oro.

Apenas Ana ha abandonado el comedor, Taylor no pudiendo resistir más su impaciencia, aborda nuevamente a sus amigos:

—¡Hablemos de nuestro asunto! Acaba de enviarme los pormenores de tu visita al director.

Stoddart parece inexplicablemente vacilante, pero al fin se ve obligado a sentarse y adoptando aires de gran hijo de la casa, desfilador de esfuerzos, empieza, acompañándose de una mínima emoción.

—Figúrate que yo entro, él me opone razones de bastante

nada y yo le respondo: señor Manning, el caso de Taylor es digno de Eurípides.

—Formidable, eres grande! — le interrumpe Gil, entusiasmado y mirando a su amigo como al gran padre Júpiter.

—Verás, espera; él me contesta: no he conocido a Eurípides, pero he leído que fue un gran poeta trágico griego; quizá sea como usted dice, que les une un gran parentesco moral, pero yo he de decirle solemnemente que no puedo tolerar camaleones en mi diario.

—Y tú, entonces...? — demanda Gil.

—Yo entonces me erguí amenazador: señor Manning, necesito que usted respete a Gil.

Mientras Stoddart asaba en el relato de su heroica odisea, Boby, sentado en el ángulo de la mesa, suya los horizontes más imaginables: de la tinta común para a la china y finalmente a la guerra.

Stoddart prosigue, fiero y agudo como un espolito.

—Al oírme en esta forma, Manning se echó atrás y me miró fijamente. Luego dijo con firmeza: «He despedido a Gil Taylor y no le volveré a admitir».

He hace una pausa breve y trascendental durante la cual Boby se seca el sudor, y Stoddart respira con jactancia de guerrero.

Entonces yo le contesté con voz que le hizo estremecer: ¡si Gil se va nos iremos todos!

—¡Así se expresan los hombres de acción! — exclama Gil, admirando a su amigo. Y añade, acercándose a él, conteniendo la respiración.

—¿Y él...?

—El... él me contestó: ¡pueden ustedes marcharse!

Y Stoddart, encorvado como un acordeón, añadiendo con voz apagada.

—Y aquí nos llenas.

Entonces, ¿es que somos ahora tres?

—Sí, tres en la calle — aclara Boby de una vez.

El apoteósico tráfago es corado por la presencia de Ana, que llega con una carga triunfal de pollos, champán y otras achucetadas por el estilo. Taylor, aterrado, clava sus ojos en ella, calculando que equivale a una fortuna. Y ha dicho hace un momento a Ana que pagaría con oro y con oro cuanto adeudaba a la tienda!

Pada en sus palabras, la joven ha hecho una provisión de gran estilo, ofreciendo como garantía de crédito a su proveedor el montón de diarios en las que aparece la foto de ella y Taylor después de su boda. El hatero, creyendo que trata con gente de celebridad, le ha llenado prodigamente las vestas con lo mejor de su establecimiento.

La juventud reacciona fácilmente al optimismo, y Bobby y Stoddart ayudan a preparar el banquete a Ana entre estrididos y melopéas.

El baile tiene lugar en medio de la más ruidosa animación y absoluto olvido de las penas recientes. El trío rivaliza en obsequios a Ana, su gentil huaca mariona.

Pero he aquí que a los postres, Bobby rompe inconscientemente el hilo de la bullucosa algazara con una de sus extemporáneas patas de gallo.

—¿Qué hacemos esta tarde?

ANA, sorprendida de que en jueves puedan pasarse de su deber de empleados, pregunta:

—¿No van ustedes a trabajar?

Su voz suena a oídos del trío como el clamor trampetero del día del juicio. Taylor se ve obligado a revelar a su Musa toda la verdad.

—Les despidieron por defenderme a mí!

No pudiendo dominar su emoción, Ana abandona la mesa para refugiarse en el compartimiento contiguo. Por su alma pasa una ráfaga de dolor. Se reprocha la indiferencia, que califica de zolapada, con que ha aceptado la generosa protección de Gil. ¿No había visto que era un pobre poeta moviéndose sobre las alas de su purísima sentimentalidad, un romántico caballero de la incorruptible piedad? Y luego el desastre alcanzaba a sus dos mejores amigos, dos almas insuperables que no habían vacilado en plantear su porvenir para defender a Gil. ¿Qué había hecho ella para él? Debió renunciar a su ayuda en adelante, dejarle solo para que pudiese rehacer su vida y ser grande si tenía talento para ello.

Ocultándose el rostro con las manos rompe a llorar amargamente.

Gil, que ha adivinado lo que pasa por el corazón de la joven, va a su encuentro; la pareja está sola y el poeta forma dulcemente alrededor de la cabeza de Ana, un nímbo con caricias en promesa y el trémulo silencio de su corazón.

—¿Por qué lloras? ¿Qué es lo que te pasa? ¿No te sientes bien conmigo? — la tutea sin darse cuenta.

—Sí, pero no debo abusar más de tu hospitalidad. Gil, no tienes ningún deber hacia mí. Estáis arruinados y todo ha sido por mi culpa! No quiero ser ya más una carga para ti. ¡He de marcharme!

—Oh, no Ana, quiero que te quedes, lo quiero! ¿Has oído? Mi dulce Ana, ¿qué haría sin ti? ¡Había de ocurrir este incidente para que pudiese darme cuenta de que te necesito, de que vivía demasiado sola, de que has traído a mi alma la dicha, el aire y la luz que le faltaban! ¿No lo crees? Mirame; ¿no quieres verme sonreír? ¿No quieres amarrarte al ventanil

de sol que has abierto en mis ojos y enrojecer en el tus delicadas mejillas?

Ana siente que ama al poeta. Este la mira con un centelleo nuevo. Por un momento los dos jóvenes permanecen mudos. Sus labios indican un avance.

Mientras tanto Bobby y Stoddart, intuyendo el drama de Ana, deliberan.

—Hay que buscar el culpable de todo esto — dice el primero.

No es difícil hallarle: el verdadero culpable es Hopckins por haberse emborrachado.

—Oye, Stoddart, ¿quién quitó la ley seca?

—Roosevelt.

Entonces él es el culpable por haber permitido la venta de alcohol con el que Hopckins se emborrachó.

—Vamos a explicárselo a Ana.

Al entrar en el aposento hallan los labios de la pareja de enlazarados en pleno viaje y próximos a chocar.

—¡Eh, insólitos, detenganse un momento; ya hablarán luego de amor — exclama Bobby con su gracejo natural, triunfando el cataclismo.

Y añade:

—Hemos estudiado la situación, concluyendo, que ninguno de nosotros es responsable de nuestra desgracia, y que somos víctimas de manejos políticos. Roosevelt, al derogar la Ley Seca, nos ha precipitado a la miseria.

El buen humor de Bobby anima a Ana, cuyas facciones vuelven a ser rielos de las más felices iluminaciones. En medio de esta necesaria piñetex, el trío delibera nuevamente, buscando la piedra filosofal.

—¡Una idea! — exclama Bobby de pronto. — ¡Una idea para hacernos ricos en cuatro horas! ¿Cuánto tenemos?

Los tres jóvenes revuelven sus alforjeras, reuniendo un total de cinco dólares y la calderilla de Taylor.

—Cinco, y mil cuatrocientos noventa y cinco que tenemos en el Banco suman un total de mil quinientos; hoy corre la famosa verga «Doncellas» ¡Apuestémoslo todo por ella y vamos a multiplicarlo!

La idea es acogida con entusiasmo y el trío y su huaca mariona se dirigen multitudesamente al hipódromo, pasando antes por el Banco para rescatar sus últimos ahorros.

Empezada la carrera, Stoddart pregunta a Bobby:

—¿Dónde está «Doncellas»?

Es la de detrás — contesta el joven con embarazo, añadiendo, sin perder la seriedad. — Es una muchacha muy recatada.

Stoddart distingue un jamego infeliz que desde los primeros instantes de la carrera se ha quedado rezagado y no

afina a hacer otra cosa que saltar como un cabrito como si la competencia fuese aérea y no terrestre.

—¿Cuánto jugamos a favor de ese cacharro? — quiere Stoddart abrochándose la chaqueta.

—Mil quinientos dólares.

Mientras tanto Gil, con un candor digno de mejor causa, se desgañita en otro lugar de las gradas, vocando a favor de todos los caballos, que pesando fácilmente a la inflexible «Doncella», se van colocando respectivamente en lugares delanteros de la disparada mara. Al preguntarle otro de los entusiastas que le rodean, que por cual caballo juega, nuestro poeta replica atareado por el jadeo del entusiasmo:

—Yo siempre soy partidario del que gana!

Y el que gana no es «Doncella». ¿Qué va a ser, sino Neptuno, otro de los corceles del certamen, veloz como un rayo, y por el que el trío se ha apostado una miserable perra china. Pero no es óbice para que el encantador Taylor deje de exclamar, encendido de admiración: «¡Neptuno, Neptuno, Neptuno!» el aturrido mortal que apostaba a su favor y de cuya existencia no tiene la menor idea ninguno de nuestros tres amigos, cobra una estúpida suma, y Stoddart aplica un puntapié reclamatorio en las huesudas posaderas de Boby, exclamando:

—¡Idiota!

«Doncella» ¡ay! todavía corre en pos de la meta cuando la concurrencia abandona las gradas, dando el espectáculo por terminado. Una verdadera delicia para nuestro trío: gritos, paladas y mil quinientos dólares de buenos, es decir, todo cuanto les quedaba en el Banco.

En el autobús, de regreso a casa, Boby contemplando, arrebatado, la feliz y arrullada pareja que forman la gentil Ana y el arrogante Taylor, no puede evitar un acceso de entusiasmo y dice a su amigo:

—¿Crees que la abandonará?

—Sí.

—¿Hay que impedirlo? ¡Yo actuaré!

Stoddart clava una mirada de trónica reprensión a Boby, gruñendo:

—¡Librenos Dios de ello! ¡Actuásteis con «Doncella»!

Ya en casa, Ana sola, mientras capota la vuelta de Taylor, piensa nuevamente en su situación y en la ineludible necesidad de solucionarla. Mira a su alrededor, ¡se le ha hecho ya tan dulce la estancia en esta casa! ¡Marcharse! Este pensamiento la estremece. ¡No, no puede... no podría! Ana ama a Gil y cuando la rodea, por ser obra de él, se le antoja circundado de esa aureola que llenan las cosas que nos han costado el hondo sacrificio de los mejores años de nuestra vida.

Para aminorar las ruinas desoladas que ha esparcido en su alma esa ráfaga de lúgubres pensamientos, Ana pone en marcha el gramófono. Se fatiga pronto y egge el periódico.

Sus ojos se fijan en el título que viene siendo desde algunos días la convulsa sensación de la ciudad, «la desaparición de la sobrina del millonario Jackson sigue envuelta en el mayor misterio».

Por las incisiones de nuestra joven pasa un incomprensible celaje. (La sobrina del millonario Jackson) Ana lee todavía algunas líneas aunque mecánicamente, pues su voluntad está abstraída por un pensamiento andaz.

La llegada de Taylor la saca de este ensimismamiento; como ahora es ella la encargada de colocar la barrera de las celosías en la cama, ha de levantarse apremiada por los deseos del porta de echarse a descansar.

Todo dispuesto, Ana salta a la cama con tan mala fortuna que da con el hombro izquierdo en uno de los cactus, el que más agudas espinas ostenta en su cilíndrico y caprichoso tronco.

—¡Ay, me he pinchado!

—¿Dónde?

—En el hombro! ¡Qué dolor! ¡No puedo tenderme!

Se le habrá clavado una espina del cactus. Hay que chupar.

Ana experimenta un inexplicable escalofrío. La situación no es muy a propósito para permitir la intromisión de un hombre en sus dominios privados del lecho. Al fin concede la intrusión bajo juramento solemne de que Gil se comportará en este acto con su acostumbrada virtud ejemplar.

Taylor atraviesa la peligrosa barrera tropical y correctísima, aunque, naturalmente sin poder evitar un ligero estremecimiento, desnuda el casto hombro de la joven y succiona cuidadosamente la herida. Luego le contempla un instante, cuando de sí mismo y dice con ironía prepotente:

—Pensar que eres mi esposa!

Ana, algo inquieta, le ataja:

—Le prevengo que sus maniobras para acercarse no le darán resultado.

Quiero rugarle que no se dé usted demasiada importancia, ya que el asunto no lo vale. Si he atravesado la frontera ha sido a instancias suyas; verdaderamente temí que el poste se quebrase.

Nuestra joven acoge con un mohín amargo esta irónica alusión a su magrura, y replica, desechada:

—¡Antipático!

—No se enfada. Usted comprenderá la lógica de mis intemperancias, considerando que tengo en casa a una mujer

cuya vida es para mí el más impenetrable de los misterios. ¿No puedo saber, al fin, quién es usted?

—Espere a que salga el sol; de noche los postes no se ven... es muy peligroso arrimarse a ellos.

Taylor encaja la réplica de Ana, justamente humillada en su deliciosa vanidad de mujer, y trasponiendo el muro de cactus de una zancada vuelve a sus dominios. Displacenter, coge el periódico y sus ojos se posan, caprichos del azar, en el llamativo título que hace un momento fuera objeto de las misteriosas elucidaciones de la joven.

—Debe ser un diablillo peligroso esa famosa sobrina de Jackson — comenta.

—Para usted lo son todas las muchachas que el azar lanza al arroyo con la única compañía de su bolso vacío y su alma cargada de ilusiones. ¿Por qué no trata de encontrarla? Esto sería un buen negocio — sugiere Ana.

—Es verdad — exclama reflexivamente Gil. — Y sería fácil identificarla; su de ha declarado a la policía que tiene un enorme lunar en la espalda.

De pronto, como asustado por una idea tremendamente lógica, añade:

—¿Cómo ha podido saber ese millonario que su sobrina tiene un lunar en la espalda?

—Ana sonríe con malicia, y contesta:

—Hay que preguntárselo a él, o a ella.

Y como si esta confesión le hubiese aligerado de un pesimismo maligno largo tiempo escondido en los pliegues de su espíritu, inclina los rizos dorados en la almohada, rindiéndose a Morfeo con una sonrisa angelical.

Taylor la contempla a sus anchas. Acaba de sentir escalofríos. ¿Y si Ana fuese la famosa sobrina del millonario Jackson? Todo confluye a esta formidable suposición: su belleza sumamente delicada, su distinción exterior cuanto interior, la suma perfección de algunas frases que revelan una educación superior, detalles sumosos en el manejo de los utensilios de mesa, y sobre todo su reserva hermetica a todo cuanto supone investigación de su vida anterior. ¿No cabe duda, Ana es la sobrina del millonario Jackson a la que él, con su candida intervención en la Audiencia, había brindado inconscientemente un excelente medio de refugio para eludir a la policía!

Si embargo, antes de entregarse al entusiasmo, es preciso hacer las oportunas averiguaciones y comprobaciones... el lunar, si esto es, es lunar ha de ser la prueba irrefutable de su autentica personalidad!

No es posible describir la ansiedad con que nuestro poeta vela el sueño de su esposa nominal esperando el instante en

que la intensidad de su respiración acusa que está profundamente dormida.

Con un lujo gracioso de precauciones salta a su lado y levanta la cobertura de la cama. Los brazos de Ana aparecen, diminutos, del codo, confiados, riñendo dulcemente los valvemas incensables y reptados del pecho. Es cuestión de desabrochar el botón superior y echar el pijama para atrás. ¡Si Ana despertase! Con el índice y el pulgar levanta el pijama...

Simultáneamente, en el dormitorio común de Bobby y Stoddart tiene lugar una escena, que por la estrecha relación que guarda con la anterior, no podemos pasar por alto.

Los dos periodistas se hallan acostados, aunque despiertos. De súbito, Bobby se incorpora y haciendo los bagados arreos de noche salta a raudales, como un fantasma, los obstáculos que le separan del lecho de su compañero para acercarse y decirle:

—Se me ocurre una idea, que si la manifestase, estas paredes se derrumbarían.

—Pues calla, no me abrasas con otro cataclismo.

—Cuchardón; pues, toma, ahí va: ¿Y si Ana fuese la sobrina del millonario Jackson? Este ofrece una suma fabulosa a quien la encuentre.

—¡No seas estúpido!

—Es que no sabemos todavía quién es Ana.

—La lectura de tantas novelas fantásticas te ha trastornado la cabeza.

Al ver su optimismo estrellarse contra la indiferencia de Stoddart, Bobby retorna a la cama. Pero no puede resistir a su obsesión y se incorpora nuevamente.

—¡Si pudiésemos verla desnuda! ¡Ah, ese lunar, lo que daría por ver las espaldas de Ana! Oye, Stoddart, ¿cuánto te debo?

—Cincuenta dólares.

—Te daré quinientos si logras que vayamos a bañarnos con Ana.

—¿Me dejarás dormir de una vez?

Sucede un segundo de silencio. Bobby, poseído de irresistible voracidad, suspira con idolatría.

—Stoddart, a veces te envidio.

—¿A mí?

—Sí porque eres perfecto...

Stoddart se regodea, envanece; al fin su amigo le reconoce una virtud. Bobby termina:

—Sí, perfecto... un perfecto idiota.

La réplica definitiva de Stoddart es una nota, que describiendo un arco de veinte grados físicos, va a aterrizar en la mismísima calabaza de su amigo.

Al día siguiente, Taylor se levanta de un talante huraqueado. Al servirle el desayuno, Ana, como de costumbre, se interesa solita.

—¿Ha descansado bien?

Inesperadamente, su maridito nominal aparta la taza de un rudo manotón, y replica con buidos que presagian horrasca fulminante:

—No mucho; he estado en la sobrina del millonario.

—Una pesadilla?

—Pues, una realidad, y muy viva, señora.

—¡Cuánto siento haber iniciado anoche esa conversación!

Taylor se incorpora, lívido de coraje y se encara con Ana:

—Es la primera vez que veo un lunas puesto en la espalda de una mujer.

La joven lo advierte todo.

—Se ha atrevido a mirarme el cuerpo estando dormida?

—Sí, señora; pero no se dista ahora de dudar este extremo laudable de postumidad. Ya sé que es usted un serafín con cuatro o cinco alas y que está en posesión de otros varios privilegios fisiológicos. De esta cosa quiero hablar y atenuar como se merece: ¿quién le ha dado a usted permiso, señorita de alto copete, dimita ricachona, para tomar a chascota y ultrajar como un litere del Pini, Pam, Pumi de su capricho a un misero, aunque honrado periodista? Se ha divertido conmigo, tenía necesidad de divertirse: claro, yo soy un pobre diablo sin empleo y usted una millonaria que puede permitirse el lujo de enfermar de histeriano y melancólico; he sido su juguete, su cosa, su hammerroir de unos días. ¡Estaba tan ociosa la pobre, tan holgazana!

—¡Callase! ¿Que sabe usted de mis verdaderos sentimientos, antipático? Usted pretende el sofisma de que quien ha provocado este estado de cosas he sido yo, cuando en rigor quien se interpuso y la empujó toda ha sido usted.

Ana se ha extraído, sus labios tiemblan y ha de interrumpirse para cortar el peso traider a las lágrimas que pugnan para desbordar sus párpados grandes y soñadores. ¡Si él supiese cuánto le ama!

—¡Toda habilidades que no modifican en nada mis asertos! Si yo me he interpuesto a su vida ha sido por ignorancia; a usted, de haberla movida la sinceridad, le tocaba el descubrirme su personalidad. ¡Ah, entonces, entonces habría sido otra cosa!

—¡Callase usted, no me torture más con sus palabras!

—Esto ha terminado; ¡vístase al instante, es una golilla traviesa y peligrosa y tengo el deber de restituirla a su hogar al lado de su tiol!



— Traigame un arcuque — solicita Ana, en un perfecto sentido de la realidad.



Al cabo de unos minutos, Taylor resperece con indumentaria íntima.

Taylor, convertido en un energumeno, no da a Ana ni tiempo de sumponerse con decencia. Cuando todavía tiene el sombrero a media calar, la chaquetita colgando y la maleta abierta, la coge violentamente de una mano, arrastrándola al exterior.

Al abrir las puertas de la calle, un par de sombras inefables y contemplativas les barren el paso. Son Boby y Stoddart, que, puestos finalmente de acuerdo en el plan de ver las deudas españolas de Ana, llegan al domicilio de su inseparable para promover el joven matrimonio un día de playa.

Boby, con serafico candor, saca de su bolsillo un traje de baño femenino, azul, tan breve, que es casi pecador, y tendiéndolo a sus ojos de la joven, tráficamente exclama:

—Es el último modelo.

Taylor, convertido en un arisco, le ceba a un lado de un capellón. Al ver el coche en que sus dos amigos acaban de llegar, parado ante su casa, monta en él con Ana, partiendo a todo gas.

Boby, con la sugestiva prenda azul celeste colgando de sus dedos exánimes, se vuelve hacia su amigo, alarga el bello asombrado y pregunta:

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues, que nos hemos quedado sin automóvil — contesta, exaltadamente, el interpelado.

Mientras tanto el coche yuela sobre el asfalto.

—Voy a hacer la entrega de la millonaria a domicilio — exclama Gil, para desahogar su rabia.

—Usted se arroja derechos que no tiene. ¿Como se atreve a sustraerme donde no quiero? Esto que hace usted es un secuestro en toda regla. Volveré a huir de casa del millonario.

—Luego se atregará usted con su tío; pero en todo lo que dependa de mí será usted vigilada hasta la completa cancelación del asunto con todas las formalidades. No quiero responsabilidades posteriores.

Ana senta:

—Usted ha cumplido ya; me ha echado de su casa; bien, en la calle estoy, su misión ha terminado. Pare el coche y deje que me apee y marche.

—¡Ah, no, de ninguna manera! ¿Para que vuelva a las andadas? No quiero entregarla sin recibo.

La joven repulcha con un mohín de asco.

—Naturalmente, quiero la recompensa prometida: cien mil dólares, esto es, el negocio que le insinué ayer.

—¿Que voy a querer! Nada me interesa viniendo de su familia. ¿No tardará en verlo!

Pocos minutos después, Taylor sostiene el coche ante una lujosa quinta del barrio aristocrático. Coge la mano de Ana, tira de ella, sube la marmórea escalinata del alfo como un niño, llama instantáneamente a la puerta, cae sobre el quicio como un Venusquero y arrojanlo dentro en la casa, un verdadero palacio. Después de atravesar varias dependencias espaciales y santuosamente antebianadas, llega al despacho.

Lo primero que sus ojos distinguen es un hombre de luego pelo canoso que está sentado en un diván contemplando con idiotéz las evoluciones de un ferrocarril de juguete. Es el millonario Jackson. Su aspecto es el de un hombre que ha perdido el uso de razón.

A pesar de la zaratanía armada por Taylor no se le ha ocurrido levantar la testa para enterarse de lo que pasa. No espera nuestro poeta su insistencia, por el contrario, acerca a él y plantándole a los ante las propias narices, brama:

—¡Aquí la tiene! ¡Vigíela como se debe, a volverla a levantar el vuelo! ¡Ah, y si se le ocurre darlo la recompenza le rompo la cara! Voy a telefonar a la policía criticándole del hallazgo y de que todo está resuelto.

Esperado este lacónico y sonoro discurso, sin ni tan sólo darse cuenta de que se encuentra hablando con un pobre loco, sale de la casa con el mismo peso de carga con que entró.

Al recibir la sensacional noticia de labios de Taylor, la policía, un tanto molesta por la humillación que el hecho representa, sale en dirección a la quinta del millonario.

En el despacho de este tiene lugar una escena inesperada para nosotros. Apenas Gil ha desaparecido, Ana se muestra al anciano, vehementemente:

—¿Es usted el señor Jackson?

El millonario mira a la joven con idiotéz.

Pobre, la fuga de su sobrina le ha trastornado la razón. Oigame, señor Jackson, la cosa apremia: la policía va a llegar de un momento a otro; yo no soy su sobrina de usted, ¿comprende? pero he de serlo por dos razones: porque la vida de ese joven que acaba de marcharse depende de ello y porque precediendo a esa huida lograremos dar con su auténtica sobrina. ¿No ha visto usted que simpático es mi Gil, señor Jackson? ¿Qué me contesta? ¿Se ha acentuado de que me haga pasar por su sobrina? Luego lo sabrá todo, por el momento límitase a concederme lo que le pido, ¿ha entendido usted?

El señor Jackson vuelve lentamente la cabeza del lado de Ana; su mirada es turbia como una corriente encharcada. La fuga de su sobrina ansiosa ha agitado sus facultades mentales en las tinieblas de la inconsciencia. Al oír hablar de ella inicia una sonrisa inteligente.

Bruscamente la puerta se abre para dar paso a dos doctores.

—Señor Jackson! — clama Ana, queda, con una mirada suplicante.

Por toda contestación, el millonario, cuya sonrisa no se ha extinguido todavía, vuelve hacia los agentes:

—Señores, muy agradecido por sus desvelos. Iba a telefonarles que no me son ya necesarios, pues mi sobrina ha vuelto al lado de su tío sana y salva; aquí está, arrepentida y bella como nunca.

¿Qué bueno es el señor Jackson!

Durante el curso de esos interesantes acontecimientos, Taylor, desesperado, podemos decirlo claramente ya que nos consta que Ana y Ana con toda la fuerza de sus sentimientos, se ha personado al domicilio de Boby y Stoddart en busca de consuelo.

—Es espantoso, urduoso y sucio, hay para volverse loco! ¿Se imagináis un hombre más desgraciado que yo? — se lamenta, después de haberse puesto al corriente de los acontecimientos.

Boby, eterno manantial de gruñido, toma pose de oráculo:

—Sí, ya.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No me exasperes, Boby, hoy te sacaré los ojos! (Mi caso es único en el mundo: encuentro a una millonaria y pierdo a una mujer; sí, a mi mujer, porque yo amo a Ana, ¿lo sabéis?)

Lo sabemos — asienten a coro los dos lados del trío.

—Porque ya...

Taylor se interrumpe. En la agresividad de su furia se ha arrancado el pañuelo gris oscuro que acostumbraba a llevar en el bolsillo superior de la chaqueta y al manobrarlo entre sus manos crispadas se le ha metido casualmente un dedo por un agujero incomprensible, circular, que aparece en la tela. Hay un instante de silencio sensacional.

—¡Ah, oh! — auda, al fin.

—¿Qué te pasa?

¡Horror! — se desespera nuevamente el papia.

Y vea a correr bruscamente hacia la puerta. Boby y Stoddart le siguen sin comprender nada. La puerta está cerrada. Taylor forceja para abrirla como poseído del espíritu del mal. Sus dos amigos le secundan, a pesar de que siguen tan entorpecidos como hace un momento, pero creen instintivamente que hay que hacer algo para ponerse a tono con el drama.

—¡Quiero salir, he de ir a la calle!

—No es decente que vayas a paseo con esta cara — se chancea Boby.

Taylor sigue mullendo sin dejar de empujar.

—¡Vosotros no entenderéis nunca nada! ¡Ana no es la sobrina del millonario, el lunar de la espalda se lo puso ella con el pedazo de tela que falta a mi pantalón! ¡Quiero a Ana! ¡Ayudadme a salir!

Boby y Stoddart han entendido.

Eso es un crimen, sí, sí, hombre de abrir... pero ¡no os parece raro que esta puerta, que antes cedía fácilmente, resista ahora a los empujones de los tres? — reflexiona Boby.

El trío se detiene un segundo. Boby empuja suavemente. La puerta se abre una la sonellera y la facilidad verdaderamente asombrosa con que lo hace el corazón de una niña de diez y ocho años. En su delirio empujaban por la parte opuesta!

Moviendo en el automóvil se dirigen a la Quinta del famoso Jackson, a la que llegan en el instante preciso y enloquecedor en que la verja se abre sin chirriar para dar paso a un autómata hecho ocupado por el millonario y Ana, la auténtica esposa de nuestro poeta periodista del *morning Post*, divinamente ataviada.

Gil, con instinto irremisible, salta del coche y avanza hacia el en que viaja la joven. Una manana pesada e invencible le detiene.

—¿Adónde va?

Nuestro héroe se ve ante un gran alto como una torre, con musculatura de ring, vestido atildadamente.

—¡A llevarme a Ana, esa joven del coche, que no es la sobrina de Jackson, sino mi esposa!

—Es la sobrina del millonario — contraopina el moctón. Y descarga tan tremendo puntazo en las quijadas de Gil, que el pobre se desploma, atontado. Realizada esta hazaña, el extraño personaje salta a su coche para seguir el de Ana, que se detiene ante la Opera. El atleta cree haber llegado solo, pero no es así; en la parte trasera lleva a Boby asido al resacibo como una garrapata. Nuestro muchacho ha saltado oportunamente a él al arrancar el coche, con la idea de enterarse de los lazos invisibles que unen al atleta con Ana y el millonario.

Hay una representación importante en la Opera. Ana y su títo convencional se instalan en el proscenio, entre sodas y terciopele. El incomprensible granuján se coloca, a su vez, junto a la puerta del palco por la parte exterior, movido de un tan insistente como misterioso celo protector.

No tardamos en ver a Taylor, ya libre de los efectos del puntazo, llegar a la Opera e irrumper en el patio de butacas, profanando groseramente y elegantemente el respetuoso

silencio de los espectadores embobados en la contemplación del espectáculo que acaba de empezar. Como un autómata poseído del fluido telepático de un mago de las ciencias esotéricas, cruza la platea en todas direcciones, arrancando miradas fulgurantes del público inteligente, escandalizado por osadía tan rara.

Taylor no ve nada. El busca a Ana, no existe nadie más que Ana. ¿Dónde está? ¡Ah! el corazón le salta en el pecho; acaba de verla, ahí en el proscenio. Emboca las escaleras. Al fin quedan tranquilos los graves espectadores.

—¡Ah! ¿dónde va usted?

La voz del gigante ha sonado, y Gil ve una de sus solapas ajada en la mano del elegante bruto. Lejos de amilanarse, erce llegada el momento del desquite y dirige un tremendo puntazo a rostro del importuno; éste esquiva con destreza de consumado profesional y el puño del poeta va a dar contra la pared en el centro preciso del dispositivo de alarma para casos de incendio. El cristal se rompe, dando rienda suelta al timbre que comunica con el parque de bomberos. Estos se ponen en marcha hacia la Opera, llevando el aire con sus sirenas escalofrantes.

Taylor ha logrado deshacerse del coloso, pero cuando se dispone a dirigirse al palco de Ana, dos policías secretos de vigilancia en el teatro, le cierran el paso.

—¿Qué anda usted buscando por aquí?

Su actitud ha despertado sospechas y se ve sometido a un minucioso y desagracioso registro.

En el entretanto las bombas extintoras llegan al teatro. La alarma cuando entre el público, dando lugar a una confusión indescribible.

Uno de los policías que registra a Taylor acaba de extraer del bolsillo del joven cierto documento que enarbola con aire de triunfo.

—¡Estúpido! — protesta el periodista en el colmo de la ira. — ¿No ve que es mi certificado de matrimonio?

Y arrebatándoselo de un tiron echó a correr, cuando la voz de «Fuerza» llena la boca de todos los concurrentes al local de el imperio del caos: la riada humana invade los vestibulos montándose, clamando piedad y buscando una salvación difícil, no solo por la incapacidad de los pañiles sino porque el agolpamiento simultáneo imposibilita el poder avanzar un solo paso.

Los policías tratan todavía de alcanzar a Taylor, creyéndole quizá el autor del atropello. Ha tomado la dirección del palco de Ana. No le conduce ya a él la impaciencia de su amor, sino el deseo desesperado de salvarla de las llamas. Pero la multitud le ha desviado, escondiéndolo a las miradas de los agentes, en forma que éstos llegan al palco antes que

El. Al mismo tiempo la cortina se levanta y aparece el gigante llevando a Ana como una muñeca de celofán entre sus brazos fuertes.

—¡Ustedes salven al millonario! — dice a los policías.

Y se confunde en el diluvio de carne humana desbordada.

Los sabuesos obedecen sacando al millonario del palco y logrando ponerlo a salvo en la calle con toda su respetable barriga.

Por el contrario, no le es tan fácil al salvador de Ana hacer otro tanto. Con su preciosa carga a cuestas que libra victoriosamente de la mortal presión de la multitud elevándola por encima de ella con sus brazos invencibles, no logra hacer más, a pesar de su enorme cuerpo, que lo que le permite la pila de carne que le rodea, que es avanzar a paso de tortuga.

A unos diez metros de él descubrimos, de pronto, a Taylor, confundido y premado entre la multitud. Enloquecido casi al ver a Ana botar en aquel mar humano, a poca distancia y no pudiendo alcanzar, como en una de esas pesadillas horribles en que las piernas no obedecen a la voluntad de correr.

—¡Ana, Ana! — no cesa de llamar.

¿Qué raro interés tendrá ese desconocido por proteger a Ana? Todo es vano para él: el atleta alcanza la calle antes que él y montando en el mismo automóvil en que le vimos llegar poco antes, se aleja del lugar del siniestro, sin advertir por segunda vez, que agarrado al respaldo trasero viaja el oportunismo Bobby, que ha estado allí en acecho.

Ana, todavía aturdida, no quita los ojos de su silencioso custodio.

—¡Mi tío! ¿Dónde está mi tío?

—Tranquiliícese, nada le ha ocurrido a su tío. El teatro no ha sufrido el menor daño.

—¿Entonces, no ha habido tal incendio?

—No.

—¿Por qué me ha salvado usted?

El desconocido, que se distingue por el jacobinismo de sus frases, no contesta, porque ha parado el coche ante una magnífica Villa de las afueras de la ciudad. Ana es ya introducida en una especie de jardín de las maravillas: la rodean las más exóticas y fragantes flores, y pájaros de plumaje brillante trinan melodiosamente.

Cuando mayor es su embobamiento, bajo un dosel de rosas exquisitas aparece una señorita elegantísima, delicada y trivial como una muñeca de lujo. El atleta la saluda con una sonrisa fiel de carno surtido y rendido.

Al exterior no es tan plácido el cielo. Bobby, una vez conocido el lugar en que ha sido conducida Ana, retorna al lado de sus amigos, poniéndoles al corriente de todo. Juntos

se dirigen a la Villa, cuando en mitad de la carretera les sale al paso (¡adivina menos!) que el millonario Jackson. El pobre hombre ha visto al desconocido llevarse a su pseudo sobrino, y a falta de otros elementos trata de alcanzarle andando a rir.

—¿Adónde va, señor Jackson?

—¡Tras de mi sobrino!

—¡A por ella vamos también, desgracia! sube!

Acepta el millonario la cortina invitación y el coche lleva con los cuatro a la Villa, que Bobby conoce tan bien. Stoddart, que es quien conduce el vehículo, creyendo que no hay nada donde lo hay, se echa como un bicho entre los barrotes de hierro. Suena una música imponente de buffidos, explosiones, chasquidos, felfones. El coche ha quedado convertido en un castillete de momia mágica, y decimos más: porque del montón de astillas sale un hilillo de humo semejante al que una Pucelón aparecería de la cremación melódica y abrazadabrante de una mitra compuesta por la moleja de un gato nacido en noviembre las uñas de una púa de dos días y la quintaesencia de la tontería. Terminados los truenos, Bobby aparece con el volante por corbata y Taylor y los demás con indumentaria parecida.

No hay herido; la Providencia vela por todos. Han llegado a la casa del misterio. Ni cortos ni peregrinos escalan la verja, colándose en el enarenado portillo.

Mientras tanto, en el plácido jardín, la señorita desconocida se ha arrojado a Ana, sonriéndole cariñosamente.

No ven en lo que voy a decirle el menor asomo de rencor — dice la elegante. — Yo soy la verdadera sobrina de Jackson. Dígame usted, ¿por qué se hace pasar por mí?

—Cuento del corazón, señorita. Perdí el triunfo del hombre a quien amo y creo que con este intencional ardor lo lograré, y usted ¿por qué huyó de casa de su tío?

—Cuento del corazón también. Mi tío quería casarme con un hombre que yo no estaba.

La muñequita mira con amor al vagabundo, que gruñe de felicidad como un libesno domesticado, y reanuda, dándole una palmadita en la quijada enorme.

—Bueno, que es un boxeador sin rival, me rapó; y ahora enterado de que había sorrido mi hombrismo en la persona de usted se preciosa ayudarla en la lucha para que nos dejasen vivir tranquilos en nuestro retiro.

Aquí de la inesperada revelación de la sobrina de Jackson, cuando en el otro extremo del jardín suena un ruido sospechoso: por entre las flores aparecen cuatro cabezas humanas. Roco apaga la luz.

Como si le hubiese dado vuelta a la llave de los gases, comienzan a sonar golpes, trastos, chillidos, maullidos y un

sin fin de ruidos más difíciles de precisar, pero pertenecientes todas a la familia de las acústicas. Cuando el aquelarre amengua, Rigo oteando la luz. ¿Qué ha pasado por ahí? ¿un huracán, un tifón, la galerna? No, señores, han pasado, es decir, se han quedado; Boby, que aparece con un lucel a manera de chistera; Stoddart que sale de un vergel de magnolias como una flor más del grupo; Taylor, que vemos toronado con la jaula del canario, y el pesado y tardío Jackson, que luce una garmalda digna de Buco entre cuello y barriga.

No es preciso que detallamos el cuadro: el millenario corre a los brazos de su sobrina, y Taylor, ¡ay! puede acercarse a su adorada Ana después de haber sufrido un remojón en la piscina, en la que le zambulle la cox de un pufetazo dado a las quijadas del boxeador que avanzó para atacarle pero que ha retrocedido al oír la voz de Ana advirtiéndole:

—No, no, ese es mi marido!

Al día siguiente, el trio constituido por Taylor, Boby y Stoddart puede titularse con pleno derecho y autoridad, el trio de la fortuna, al cobrar los cincuenta mil dólares del ala, y recibir los plácemes entusiastas del señor Manning, cuyo diario se cubre de gloria al relatar las heroicas hazañas de tres de sus intrepidos redactores que han encontrado a la hija del millenario Jackson.

La admiración del director del «Morning Post» sube a los cien grados celsius en esta revelación, que se derrite como una naranja valenciana por los labios jugosos de Boby.

—¡Todo ha sido un truco preparado por nosotros para dar al diario una información sensacional!

Después del banquete de bodas llega para Taylor y Ana el proverbial y esta vez auténtico, «Al fin solosa». En adelante seguirán ocupando el mismo lecho, pero juntos ya, sin esa barrera sedienta y desahrida de cactáceas, más importantes que la misma oportunidad al eponerse a la dicha plena de dos corazones enamorados.

PIN

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert, Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- * — 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Caín*, por Noah Beery (hijo), Jean Rogers.
- * — 13. *Una chica de provincias*, Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete hofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa, Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
- 17. *Baile en el Metropol*, por H. George, Viktoria Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.
- 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.
- 20. *Exterminio*, por Buck Jones.
- 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
- 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
- 23. *Caballería Ligera*, por Marika Röck y Fritz Kampers.
- 24. *Impetus de Juventud*, por Sylvia Sidney.
- 25. *Un mal paso*, por Keen Maynard.
- 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
- 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rudolf Forster.

* Agotadas


En preparación

LA QUE APOSTÓ SU AMOR, interpretada por
BETTE DAVIS y GEORGE BRENT

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 154

BARCELONA

A faint, circular library stamp is visible in the lower right quadrant of the page, partially overlapping the issue number. It contains some illegible text and a central emblem.
N.º 28